

Marañón y la mujer

Mañana se cumple el centenario del nacimiento de Gregorio Marañón, y la autora de este trabajo, al hilo de una larga cita del ilustre polígrafo, pasa revista a la idea que de la mujer tenía el gran escritor y la compara con otros estereotipos clásicos de la feminidad.

AL releer a Gregorio Marañón, en el filo de su centenario, una se sorprende de que este gran médico humanista, que ha dejado brillantes páginas sobre la psicología humana y las relaciones entre los sexos, se dejara llevar por la inercia de la tradición a la hora de interpretar la esencia y la identidad de la mujer.

En el libro *«Vida e historia»*, Marañón dice: *«El primer amigo profundo del hombre fue pues, sin duda, la mujer: “la mujer antes de serlo”; cuando era sólo hembra, escogida al azar, para satisfacer el hambre del instinto, a medida que éste urgía. Pero una mañana remota y memorable, cuya fecha representa infinitamente más para el progreso humano que todos los descubrimientos de nuestros siglos, ocurrió este maravilloso suceso; al levantarse el hombre, bronco e hirsuto, de su lecho de hierbas, después de haber cumplido con la hembra que estaba a su alcance la ley del instinto; reposado por el sueño de esa tristeza que invade al animal después de amar, se sintió transido de una tristeza que era el tener que abandonar [...] El hombre, triste de una tristeza nueva, comprendió conjuntamente que aquel ser tan débil que dormía a su lado era el remedio de la soledad infinita, remedio que no podía darle los otros hombres llenos de músculos y de audacia [...], entonces la hembra dormida, mujer desde ese instante, despertó bajo el brillo de la nueva luz, y con esa comprensión súbita de las cosas geniales y trascendentes que sólo la mujer posee, se levantó en silencio, y como si hubiera hecho siempre la misma cosa se fue con el compañero de la noche para no separarse más.»*

La cita es larga, pero vale la pena, porque esta interpretación de la mujer «creada» por el hombre, expresada en la frase «mujer desde ese instante», deja sobrecogida a cualquier mujer lectora.

Seguro que a Marañón nunca se le ocurrió pensar en que esa hembra que yacía al lado del varón se sintió mujer mucho antes de que el hombre la descubriera como tal. Con la intuición intuitiva que la ca-

racteriza, además de la racional, la mujer quedaría perpleja ante el abandono del varón que sólo había mostrado su instinto. Sin duda, fue la mujer, con la sensibilidad más aguda, que le es innata, la que primero sintió tristeza por el abandono de aquel compañero ocasional, sordo a su lenguaje amoroso, más profundo.

No fue la hembra la que se transformó en mujer cuando el varón sintió su ausencia. Fue más bien el macho el que se transformó en hombre al sentir la tristeza de tener que abandonar a la mujer amada.

A la figura de la mujer «creada» por el hombre no han escapado algunos de nuestros más insignes pensadores de los siglos más recientes, incluido el propio Ortega en su libro *«Estudios sobre el amor»*. Quizá todo ello venga de una simplista interpretación del pasaje del Génesis sobre la creación de la mujer de una costilla de Adán.

Pero volviendo a la masculina interpretación de Marañón, cuyas tesis bien podrían ser revisadas en este campo con motivo del centenario evocador, ¡qué difícil resulta a veces la dialéctica entre los sexos cuando se parten de ciertos apriorismos! Parece como si los atavismos de la interpretación intelectual, hasta fechas muy recientes en manos de los hombres, aceptaran la lectura de la visión masculina —«machista» resulta agresivo y tópico a muchos oídos— sin la menor sorpresa y sin parpadear un segundo.

Como contraste a Marañón está el texto de una escritora francesa. Colette expone en *«La vagabunda»*: La interrogación más profunda que muchas veces se hace de la mujer al lado del hombre: *«¿Cómo es que él, enamorado de mí, no se preocupa por conocerme más? Al parecer, eso no se le ocurre, y sólo parece preocuparse de tranquilizarme para conquistarme mejor. Ha aprendido muy deprisa a disimular su deseo, a suavizar su mirada y su voz al hablarme. Astuto como un animal, finge que no me codicia y no muestra el afán de descubrirme. Le veo más atento a los juegos de luz en mis cabellos que a mis palabras.»*

(Sigue en página 4) ● ● ●

Marañón y la mujer

● ● ● (Viene de página 2)

Colette formula una queja femenina muy profunda. Ve todavía que en muchos hombres prevalece el instinto de varón más que el deseo del conocimiento del «otro» que es mujer. *«La gran conquista de la época fue la amistad intersexual, la relación personal, próxima, cálida, estimulante, indeciblemente enriquecedora, entre hombre y mujer, que llevó a uno y a otra a una ampliación del horizonte mental»*, escribe Julián Marías, a modo de conclusión, en *«La mujer en el siglo XX»*.